

sus trabajos, y se formen en tan sublime escuela para ser sus dignos sucesores: *Romule genti date remque prolemque et decus omne*. Sostén, oh Cristo, á tu anciano Vicario, prolonga su vida un lustro y otros muchos, y haz que días mejores luzcan para Él y para la Iglesia: *in lustrum meliusque semper proroget ævum*. Así sea.



DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, DE MÉXICO, EN LA SOLEMNE

FUNCIÓN QUE Á NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

DEDICÓ LA COLONIA ESPAÑOLA, EL 8

DE SEPTIEMBRE DE 1900.



Quid est quod fuit? Id quod futurum est.
¿Qué ha sucedido en los tiempos pasados?
Ni más ni menos que lo que se verá en lo porvenir.

Ecclesi. I. 9.

HAY triunfos que no mueren. Hay glorias que es preciso cantar, sea cual fuere la suerte que las vicisitudes de los tiempos deparen á los vencedores de otros días, sea cual fuere el pueblo, cuyos oídos y cuyo corazón aspire el cantor á conmover. Ni en la época infausta en que, reinando los Papas en Aviñón, quedó Roma reducida á una aldea de quince mil habitantes, presa de facciones que peleaban en sus desiertas calles, y convertían en ruinas los monumentos que habían respetado hasta los bárbaros, ni aun entonces dejó de ser la Señora del mundo, que primero había domoñado por la fuerza de las armas, y después conquistado por la Religión. Aun entonces, cada combatiente que sucumbía en las guerras civiles, podía ex-

clamar revolcándose en su sangre: *Civis Romanus sum*, con el mismo orgullo que cuando el Sol del Imperio estaba en su apogeo. Aun entonces podía dirigir á la deidad, que parecía cubrirse con sus rayos, la plegaria que Horacio cantaba hace veinte siglos bajo los pórticos del Foro, y nosotros entonábamos este año entre sus gloriosas ruinas: no alumbres ciudad más grande que nuestra Roma: *Nihil Urbe Roma visere majus*.

Otro tanto acaece con las glorias de España. Ningún revés podrá ofuscar el brillo de Covadonga; ningún desastre marchitar los laureles de las Navas ó de Granada. Antes se borrarán la raza humana de la faz de la tierra, que la memoria de las conquistas de D. Jaime de Aragón ó de Fernando el Santo. Pero, sobre todo, ahí está ese monumento más imperecedero que el mármol y que el bronce, que se extiende gigantesco desde el Mississippi hasta la Tierra del Fuego, y ostenta como remate la Cruz del Gólgota, y como inscripción la lengua castellana hablada por cien millones de habitantes. ¿Qué poder hay en el mundo capaz de destruirlo? ¿Qué soplo, ya venga del helado Norte ó del desierto abrasador, podrá agostar esas palmas?

Al venir á postraros este día ante la imagen de la Virgen sacrosanta, no es vuestro intento conmemorar tan sólo el misterio de la Natividad de la Madre de Dios. Tampoco se reduce á dar gracias á la que es Auxilio de los Cristianos, por la milagrosa batalla ganada en el siglo octavo entre los riscos de Asturias. Ó mucho me engaño, ó vuestro objeto es celebrar, en

una sola, todas las victorias obtenidas por Dios, sirviéndose del brazo de los católicos españoles, *gesta Dei per Hispanos*, en el Viejo y en el Nuevo Mundo, en la llanura del mar y en las sinuosidades de la tierra, en España misma y en Flandes y en Italia, en Asia y en América; los triunfos obtenidos por la fuerza de las armas, y aquellos más gloriosos alcanzados por la fe y la espada de la palabra, de que somos viviente trofeo cuantos estamos congregados en este templo, cuantos moramos habitual ó temporalmente en este hemisferio. Vuestro fin es celebrar la resurrección de la Iglesia Española que, cuando se la creía muerta y sepultada para siempre en el Guadalete, sale regenerada de Covadonga, y se extiende y dilata por el mundo conocido y por otros que va á buscar al fondo del Océano para ejercer sobre ellos su maravillosa actividad. Cantando el primer triunfo, cantáis la serie de victorias, que éste iniciara; dando gracias al cielo por la salida de la tumba, mostráis vuestro reconocimiento por todas las consecuencias de la resurrección.

Esto es lo que venís á hacer cada año al pie de los altares; pero, en el presente, se me figura que os proponéis algo más. Al inclinaros ante el estandarte de Covadonga, vuestra plegaria no es un mero hacimiento de gracias, no es puramente un himno de triunfo. Á la devoción del verdadero cristiano, á la resignación del ferviente católico, que recibe con igual gratitud los bienes y los males de la benéfica Mano de la Providencia, unís aquella curiosidad que llevaba á los anti-

guos griegos á consultar los oráculos de Delfos ó Pitona. No temo errar al leer en vuestros corazones estas preguntas: ¿Habrá una nueva Covadonga? ¿Cuándo llegará ese momento de consuelo y de gloria? ¿Dónde está el nuevo Pelayo que nos congregue bajo su estandarte?

No os responderé con las sentencias indescifrables de los antiguos oráculos. Abriré el Volumen inspirado y os repetiré las palabras de Salomón: «Si queréis conocer los acontecimientos futuros, estudiad los pasados: *quid est quod fuit? Id quod futurum est.*» Obedeciendo á este precepto, tomaré el libro de la historia, y hojeándolo rápidamente, pues otra cosa no es posible, os mostraré lo que fué la Covadonga del siglo VIII, los acontecimientos que la causaron y los sucesos que le siguieron. Os indicaré, en consecuencia, lo que debe ser la Covadonga del siglo XX y lo que habéis de hacer para prepararla. Asunto sublime, que no bastarían á explicar cien lenguas más vigorosas que la mía. Aun para el humilde bosquejo que me propongo trazaros, me faltan las fuerzas, y nada podré sin la intercesión de nuestra gloriosa Patrona. Invoquémosla con fervor.

AVE MARÍA.

¡Cuán triste es el momento en que se pierden las ilusiones! No hablo aquí de los sueños de ventura ó de gloria que acariciamos en la juventud, y que viene á disipar, más ó menos presto, lo que llamamos la triste realidad de la vida. Me refiero á esas leyendas históricas que nos acostumbramos á venerar en la infancia como verdades punto menos que evangélicas, y sin las cuales no podemos concebir siquiera ciertos puntos de los anales patrios. Llega un momento en que hay que contemplar esas tradiciones á la luz severa de la historia, y al palpar que no existieron personajes de cuya realidad estábamos convencidos; que resultan dudosos ó falsos acontecimientos que hace un instante habríamos defendido aun á costa de nuestra vida; que los que juzgábamos héroes se convierten en pigmeos, y muchos á quienes execrábamos como monstruos se reducen á hombres como nosotros: al despertarnos de estos sueños, se enciende en nuestros pechos un odio repentino á la historia que nos arranca nuestras ilusiones, y quisiéramos arrebatarnos su antorcha, matarla de un soplo y hollarla bajo nuestras plantas. Tal me temo que va á suceder esta mañana con no pocos de vosotros,

y á la verdad que me pesa ser el instrumento que os haga abrir los ojos á la realidad. Mi deber, empero, es presentaros la historia tal cual es, y lo cumpliré; pero antes, si me lo permitís, os contaré cómo perdí yo mismo mis ilusiones.

Hace precisamente veinte años me encontraba en las riberas del Tajo. En la plenitud de la edad varonil y exaltada mi imaginación con la lectura habitual de los poetas antiguos y modernos, no respiraba más que poesía. En el silencio de mi gabinete, Virgilio y Horacio, Homero y Teócrito, Ercilla y Luis de León, eran mis constantes compañeros; mi trato en la sociedad era con aquella pléyade de poetas y literatos que resplandecían entonces con brillo deslumbrador, y de los cuales muchos han desaparecido. Me deleitaba, por consiguiente, en leyendas y tradiciones, y buscaba en la historia más la belleza poética que la triste realidad.

Me hallaba, digo, en las riberas del Tajo, en el lugar donde se suponen las aventuras de Rodrigo, y se me figuraba ver al Rey espantado *al sacar el pecho el Río* de las turbias ondas, y profetizar la caída del Imperio Visigodo. Con poco favor acogí las lecciones del docto amigo,¹ á quien todavía lloro, que se rió del candor con que veneraba yo tradiciones poco fundadas, y me hizo ver que los amores de la Cava y la venganza de Julián eran meras leyendas. No me atreví á contradecirle, ni osé pisotear la antorcha de la historia; pero sí escondí

¹ Don Aureliano Fernández Guerra.

su luz y preferí seguir deleitándome con mis ilusiones, más bien que alimentarme con los desengaños de la verdad.

Seguí, pues, creyendo como todos, que la ruina de España en el siglo VIII había sido causada por «un delito vulgar, una traición infame y una irresistible inundación de jinetes africanos que con la rapidez del pensamiento se esparció sobre la península entera.» Seguí prestando fe á los libros que atribuyen su resurrección á un puñado de oscuros guerreros que en el fondo de la antigua Cantabria aclama á un caudillo, quien trueca en pueblo de héroes la raza imbele de la víspera. Seguí viendo la España Goda de ayer, despertarse musulmana, y cambiarse de nuevo, como por encanto, gracias á una sola victoria. Tal es el concepto admitido de la invasión árabe y de la regeneración de la antigua monarquía, y hasta ahora nada hay en mis palabras que pueda cogeros de nuevo.

Diez y nueve años pasaron; y sediento esta vez más de historia que de poesía, me encaminé hace pocos meses, no ya á las márgenes del Tajo, sino á las del hirviente Guadalete, resuelto á leer la verdad en sus turbias linfas, pero ansioso de que confirmara este testigo presencial de los luctuosos acontecimientos, las tradiciones consagradas por tantos siglos, y por escritores tan venerados como el Arzobispo Don Rodrigo y los que tomaron sus admirables historias por base de futuras crónicas. Miré desde una altura el estrecho de Hércules, y me pareció verlo poblado de naves africa-

nas, que desde Cádiz llamaba *el injuriado Conde, á la venganza atento y no á la fama.*

Ví á los musulmanes desembarcar no lejos de Jerez y avanzar al encuentro del Rey Rodrigo. Miré á éste precipitarse en el río y escapar fugitivo á Portugal, mientras en un abrir y cerrar de ojos perecían sus cien mil soldados, y con ellos todos los pobladores de España, á excepción del puñado de improvisados guerreros que se encerraba en Covadonga, y de los renegados que seguían á los traidores Opas y Julián.

Tal contemplé en mis sueños; pero de ellos vino á sacarme, y esta vez por completo, el docto varón¹ cuyas profundas investigaciones voy á condensar en breves palabras.

Ni fué español el Conde Julián, ni por vengar supuestas injurias hizo traición á la que no era su patria. Súbdito del Bajo Imperio, oriundo probablemente de Persia, desde muy joven fué tribuno en la Mauritania Tingitana, que no dependía por cierto de España. Desde Ceuta, su residencia, pudo ver y oponerse á los avances de los musulmanes en Africa, que poco á poco fueron reduciendo con sus conquistas la zona de su mando, hasta que lo obligaron á aceptar una capitulación honrosa, en que se estipulaba que ninguna expedición hostil á España había de salir de aquellas aguas. A formular esta cláusula le movió la gratitud hacia el predecesor de Rodrigo, el Rey Witiza, quien varios años lo había socorrido con armas y víveres.

¹ Don Eduardo Saavedra.

La monarquía visigoda era electiva, pero el monarca reinante trataba casi siempre de asegurar la sucesión al trono á algún miembro de su familia. Tal intentó Witiza para su hijo Achila, pero en balde, porque el Duque Rodrigo ganó la elección y se apoderó del cetro. En vano la familia del difunto Rey le suscitó dificultades: triunfante Rodrigo en todas partes y de todos modos, tuvo aquella que apelar á un medio harto común en esa época: la intervención extranjera, y volvió los ojos á la costa de Africa y á su cliente el Conde Julián. Como Suintila y Sisenando habían traído á los Francos á sostenerlos, y como Justiniano II reinaba en Bizancio con la ayuda de Búlgaros y Esclavones, así los hermanos, hijos y partidarios de Witiza, se figuraron que podrían reinar en España con el auxilio de los Musulmanes de Africa, y que éstos se contentarían con recibir en pago algunos sacos de oro, ó á lo sumo alguna provincia de poca importancia. Sin cansaros con la narración del primer desembarco de Bereberes, entre Tarifa y Algeciras en 710, protegidos por los Witizanos, pero arrojados de nuevo á Ceuta por los partidarios de Rodrigo, ni del último y definitivo que tuvo lugar ocho meses después en Gibraltar, os conduciré de una vez al campo de batalla, que llevará siempre el nombre de Guadalete, aunque apenas algún episodio de la campaña se haya verificado á orillas del histórico río.

Con Algeciras por base, y apoyados en el lago de Janda, que alimentan las aguas del pequeño Barbate,